



# La comunidad jesuita como misión<sup>1</sup>

Andreu Oliva de la Esperanza sj  
*UCA de El Salvador*

Me han invitado a iniciar la consulta de esta mañana sobre la comunidad, con la idea de que ayudemos a reflexionar la nueva visión que la CG35 nos da de la comunidad. La CG35, en el d. 2, “Un fuego que enciende otros fuegos” que trata sobre nuestra identidad, presenta nuestra vida como un tríptico constituido por la identidad, la misión y la comunidad. En él, la identidad y la misión del Jesuita están enlazadas por la vida de comunidad. Y el d. 3, Desafíos para nuestra misión hoy, añadirá en el n. 41, que “la comunidad en la Compañía no es sólo para la misión sino que ella misma es misión”. No conozco mucho la situación de las comunidades en la universal Compañía, y por tanto no puedo universalizar lo que voy a decir sobre las comunidades. En lo que sigue, me ceñiré a la realidad que conozco, que es sobre todo la de una provincia concreta (Centroamérica).

## La CG35 cambia el paradigma de nuestra vida de comunidad

Todos sabemos que la última Congregación General hizo un cambio importante en la manera en que se concibe la comunidad. Desde mi corta experiencia de 25 años de Compañía de Jesús, me atrevo a decir que la CG35 oficializó un nuevo paradigma en el modo de entender la comunidad en la Compañía de Jesús, cuyo significado se nos ha pasado por alto a muchos. No es un cambio repentino, fruto de un decreto de una Congregación General que tuvo una iluminación, a mi entender es un cambio que se ha ido dando paulatinamente a lo largo de los últimos 50 años, impulsados por la renovación que nos pidió el Concilio Vaticano II y por un mayor conocimiento de nuestras fuentes. Este cambio que se ha ido gestando poco a poco y cristalizó en la CG35, cuando esta afirma explícitamente que la comunidad jesuita es misión ella misma. Un camino que muchos habían ya iniciado al irse a vivir a pequeñas comunidades, en ocasiones insertas en barrios obreros o de carácter muy popular, con el deseo de compartir la vida de los más pobres y ser en medio de ellas presencia del Amor de Dios.

Este cambio que hace la CG35, recoge el sentir de una buena parte de la Compañía y profundiza lo que decía la carta del P. Kolvenbach sobre la Vida Comunitaria del año 1998. Por muchos años en la Compañía de Jesús, se ha entendido la comunidad para la misión, “en dispersión”, y con ello hemos justificado muchas de las deficiencias y carencias de nuestra vida en común. La comunidad para muchos tenía un sentido utilitario y no era importante la calidad de la vida en común. La CG35 nos ofrece un camino para comprender

---

<sup>1</sup> Este texto fue presentado por el autor en la Congregación de Procuradores de 2012, con pequeñas modificaciones.

mejor nuestra vida en comunidad, dándole un valor mayor, dado que no sólo es para la misión, sino que es también misión. Ambas realidades deben convivir y complementarse.

### **Tensión entre misión y unión**

Este cambio de comprensión de nuestra vida comunitaria tiene implicaciones importantes. Es una tensión más en la vida del jesuita. Así como vivimos la tensión entre el ser y el hacer, entre la contemplación y la acción, entre lo universal y lo local, entre la unión total con el Señor y la inserción en el mundo con Él, se añade ahora la tensión entre la comunidad (la unión) y la misión. Tensión que tiene su raíz en nuestra propia identidad, en la que la vida de comunidad es parte integrante de la misma del mismo modo que lo es nuestro apostolado.

El apostolado nos lleva hacia fuera y la comunidad nos invita adentro. La vida comunitaria puede entenderse como parte del llamado a “estar con Él”, que es parte de nuestra vocación. No podemos ser “compañeros de Jesús” o “amigos en el Señor”, si no somos primero compañeros entre nosotros. Estar con Él es también estar con el hermano, es saber descubrirle a Él presente en cada uno de los compañeros. Saber que compartimos un mismo llamado, una misma misión y que somos responsables unos de otros.

El que haya tensión no significa que se dé contradicción entre una comunidad que es misión y una comunidad para la misión, sino todo lo contrario. Una comunidad que sea misión fortalece al compañero y le ofrece mayor empuje para entregarse con mayor generosidad y mayor dinamismo a la misión. Al respecto la CG35 dice “Para vivir nuestra misión necesitamos comunidades fraternas y gozosas, en las que alimentemos y expresemos con gran intensidad nuestra única pasión que puede unificar nuestras diferencias y dar vida a nuestra creatividad” (CG35, d. 2, n. 27).

### **Elementos de una comunidad para ser misión**

Quizás la mejor pregunta que podemos hacernos es cómo responder a este cambio tan importante. Sin duda requiere de una conversión de nuestro corazón, de la Gracia de Dios, que nos mueva a responder a esta nueva mirada sobre la comunidad.

El mismo P. Adolfo Nicolás nos da una orientación en su relación sobre el estado de la Compañía, la comunidad debe ser “El lugar en que estamos llamados a vivir con generosidad, respeto, paciencia, perdón, amistad y donación desinteresada de mí mismo”; “es el lugar dónde estamos llamados a vivir el Evangelio juntos”. Y en el d. 3, n. 41 la CG35 dice: “la comunidad es el lugar privilegiado para el testimonio colectivo, en el que vivimos la relación personal y comunitaria con el Señor, la mutua relación como amigos en el Señor, la solidaridad con los pobres y marginados y con un estilo de vida responsable con la creación”.

“La vida comunitaria en cuanto testimonio de comunión es ya de por sí parte integrante de la misión” (Kolvenbach, Carta sobre vida comunitaria, 12 de Marzo de 1988), y “debe a su vez fomentar el amor fraterno y la unidad para que puedan reconocernos como discípulos de Cristo” (Normas Complementarias, NC 316, 2). “Debemos ir mucho más allá de compartir un mismo techo, una misma mesa y un mismo reglamento. Compartir nuestra fe, nuestra razón de vivir y trabajar como compañeros de Jesús, nuestra experiencia profunda de encuentro con Quien nos envía. Un estilo comunitario en el que se explicita simplicidad y

compasión, solidaridad y gratuidad, preferencia de amor por los pobres. Ser testigos comunitariamente de Cristo pobre y de su amor por los pobres” (NC 327).

Para que la comunidad sea misión también debe responder ella misma a la misión de la Compañía de Jesús. No se trata ahora que las comunidades tengan una misión específica y distinta de la misión de la Compañía de Jesús. Las comunidades deben hacer suya la misión propia de la Compañía de Jesús y responder a ella. Desde esta perspectiva, la comunidad que es misión, debe defender la fe y promover la justicia en diálogo con las culturas y las religiones. Debe ser una comunidad que reconcilia a la humanidad consigo misma, con Dios, y con la naturaleza (CG35, d. 2). Debe ser una comunidad que trata de vivir los valores evangélicos y hacer presente el Reino de Dios en su entorno. Una comunidad que vive en serio las opciones de la Compañía de Jesús y por tanto debe vivir en serio la opción por los pobres que ha hecho el cuerpo de la Compañía desde la CG32 y que han ratificado las Congregaciones Generales posteriores.

## **La amistad**

Quisiera detenerme un poco en este punto, porque me parece un aspecto muy importante. En el mundo actual la amistad es algo muy valorado y muy significativo. La amistad verdadera y fiel es un valor evangélico muy actual. Nuestra amistad como hombres de Dios puede decir mucho al mundo de hoy. Lastimosamente no siempre somos capaces de vivir esta amistad ni hacer patente el cariño que nos une a los jesuitas. Pero construir la amistad requiere esfuerzo y tiempo. Ninguna amistad brota de un momento a otro. Ciertamente también requiere empatía. Toda amistad se va tejiendo poco a poco, a base de dar y recibir, a base de preocuparse por el otro, a base de pasar tiempo juntos, a base de conocer el interior del otro, sus gozos y esperanzas, sus tristezas y angustias. Si no estamos dispuestos a dar tiempo a los compañeros y a la comunidad, a dar de nosotros más que a recibir, no será posible que brote esta amistad en nuestra comunidad.

Pero no solo para la amistad, para generar confianza, para ser hospitalarios, para celebrar juntos, para compartir la fe, debemos gastar tiempo en la comunidad. Me llama la atención que los que más se quejan de su comunidad, son los menos dispuestos a dar su tiempo a la comunidad.

## **Una vida más auténticamente evangélica nos hará más creíbles**

Antes he comentado algunos de los problemas que tienen las comunidades, problemas que son testimonios anti-evangélicos. ¿Cómo es posible que un cuerpo que desea reconciliar a la humanidad no sea capaz de buscar y avanzar hacia la reconciliación entre dos de sus miembros? ¿Qué testimonio da un cuerpo que está radicalmente dividido? ¿Con qué autoridad podemos anunciar el Evangelio de Jesús, si en nuestra comunidad no se vive? Igualmente ocurre con la promoción de la justicia, tiene que comenzar en casa y con los colaboradores de la comunidad (normalmente mujeres). No siempre cumplimos con las leyes laborales vigentes, ni nos esforzamos para que nuestros colaboradores puedan tener un salario que les permita una vida digna.

Esta nueva visión y concepción de la comunidad es un avance muy importante en la vida del cuerpo de la Compañía y en su camino hacia una vivencia más profunda de nuestro carisma. Recordemos lo que los primeros compañeros quisieron vivir: una unión entre sí, una confianza y amistad profundas. Lo mismo les ocurrió a los primeros cristianos y el Espíritu sigue hoy fomentando diversas y variadas formas de vida en común.

## Repensar las estructuras comunitarias

Para que nuestras comunidades sean misión es posible que tengamos que repensar nuestra vida comunitaria y quizás aquí es necesaria una ayuda del P. General y de su equipo de gobierno. Al ser una nueva concepción, es normal que el cuerpo requiera de algunas ayudas para poder entenderla y vivirla de mejor manera. Es posible que por ello el P. General nos haya querido consultar a la Congregación de Procuradores n. 70 sobre esta temática.

Me parece oportuno sugerir que si ha cambiado el modo de entender la comunidad también hay que preguntarse si las estructuras de las comunidades actuales responden a este nuevo concepto. ¿Cuál debe ser el papel del superior para que la comunidad sea misión?, ¿Es el mismo rol el que debe tener el ministro hoy que el que tenía cuando la comunidad estaba concebida exclusivamente “para la misión”? ¿Podemos seguir viviendo en comunidades muy grandes en número de jesuitas, que hacen muy difícil una verdadera comunicación personal e interior? ¿Puede ser misión una comunidad viviendo en grandes edificios, que muchas veces no facilitan el encuentro y facilitan el anonimato? ¿Podemos permanecer en zonas privilegiadas de las ciudades y con niveles de vida muy superiores a los de las mayorías de nuestros países? ¿Será un alto nivel de confort en nuestra vida el más adecuado para mostrar a los demás nuestro compromiso con el evangelio de Jesús?

Decimos tantas veces que nuestra pobreza es apostólica, al igual que el resto de nuestros votos, pero, ¿estamos convencidos de ello? ¿No haría más apostólica nuestra pobreza si el mundo nos viera vivir pobremente, y con ello diéramos testimonio que realmente el Reino de Dios es de los pobres y que “solo Dios nos basta”?

¿Cómo hacer para que nuestras comunidades sean abiertas y acogedoras? ¿Son suficientemente hospitalarias y solidarias? ¿Se da entre nosotros una real comunión de bienes y una comunicación de bienes con la provincia y con los pobres? ¿Nos sentimos corresponsables de la vida en común? ¿Estamos dispuestos a dar tiempo a nuestros compañeros y a abrir nuestro corazón en la comunidad?

Sé que estas preguntas son difíciles de hacérselas, y que a algunos les pueden resultar muy incómodas, pero con honestidad creo que no podemos soslayarlas y que debemos responderlas desde la honestidad y desde un espíritu de discernimiento ignaciano.

Esta nueva visión de la comunidad jesuita que confirmó la CG35 es un momento de gracia para la Compañía de Jesús. Llevar al interior de nuestra vida comunitaria nuestra misión, nos unifica alrededor de la misma, alrededor de Cristo. Nos integra como personas que no solo somos apóstoles al salir a las calles, sino que también somos apostólicos en nuestra propia casa, en nuestra comunidad. Nos hará más auténticamente compañeros de Jesús, y nos hará crecer en bondad y en gracia ante Dios y ante los hombres. Si somos capaces de avanzar hacia ello y que nuestra vida comunitaria sea testimonio del Reino de Dios, también seremos más creíbles ante los hombres y mujeres de nuestro mundo.

La CG35 nos invita a dar un valor nuevo a la comunidad jesuita, que no es fácil. Conocemos las dificultades que tienen nuestras comunidades y los problemas que se dan en ellas. Seguro que a la mente de todos vienen los rostros y nombres de aquellos jesuitas con los que es difícil vivir. Pero también sabemos que la gracia de Dios nos permite llegar más lejos de lo que podemos imaginar. Este proceso en algunos casos será largo, pero se ha ido dando y se seguirá dando, si ello es lo que El Señor quiere de nosotros y de nuestra parte ponemos también lo que está a nuestro alcance.

## **Ayudas que nos ofrece la Compañía para crecer en la nueva comprensión de la comunidad**

A mi juicio, los documentos sobre la vida comunitaria que la Compañía ha ido elaborando son muy buenos, y nos animan a una vida comunitaria al estilo jesuítico, por tanto apostólica y a la vez con gran calidad humana y cristiana. Nuestro problema no es que no sepamos qué debe ser una comunidad jesuita y cómo debe ser nuestra vida comunitaria, creo que actualmente contamos con suficientes directrices al respecto. La dificultad está en vivirlas, y diría también que desgraciadamente muchos no conocen las directrices sobre la vida comunitaria que la Compañía ha trabajado y que el P. Kolvenbach intentó resumir en su carta sobre la vida comunitaria que he mencionado al principio. Quizás el problema es que no se ha reunido en un solo texto todo lo que se ha dicho desde la CG31 sobre la vida comunitaria hasta hoy, y que está muy disperso, en las Constituciones, en las Normas Complementarias, en Decretos de las Congregaciones Generales, en cartas del P. General. A lo mejor eso sería una buena ayuda para las comunidades, tener un texto sobre la “comunidad misión” y su deseo de ir mejorando su calidad de vida en común.

Otra ayuda importante es la invitación a la elaboración de un proyecto comunitario, en el que la comunidad define cómo quiere que sea su vida en común. La elaboración de este proyecto es también un proceso de discernimiento comunitario que lleva a un acuerdo en el que todos los miembros de la comunidad se comprometen. La experiencia en mi provincia, es que la elaboración de este proyecto ha sido de gran ayuda y sin duda ha mejorado la vida en común.

El papel del superior es fundamental para facilitar la calidad de vida en común. Un superior que tenga el carisma para ello, que se comunique con los demás, que esté atento a sus necesidades, que ofrezca apoyo y espacios para un crecimiento humano y religioso de todos los miembros.

Como todo lo que cuesta en la vida requiere ejercitarse. También debemos ejercitarnos para la vida en común y por ello debemos ir buscando los medios que nos ayuden a crecer en nuestra vida en común y que la misma vaya siendo misión. A cada comunidad le ayudará irse ejercitando en cómo generar confianza entre unos y otros, en la oración común, en la conversación espiritual, en el discernimiento apostólico, en la compasión a los hermanos, en la solidaridad, y así iremos recorriendo el camino que nos llevará a una vida en común más propia de nuestro carisma y más cercana al evangelio.

*Original español*